

§ CAPÍTULO IX. DÍAS DE  
ANGUSTIA Y NOCHES DE IN-  
SOMNIO. ❧ ❧ ❧ ❧ ❧ ❧ ❧

La primera Navidad que pasamos en la Alabama, nos hizo conocer más á fondo la verdadera vida del pueblo.

La Navidad nos fué anunciada por innumerables visitas de niños que llamaban á nuestras puertas, gritando: «los regalos de Navidad; los regalos de Navidad.» Creo que, entre dos y cinco de la mañana, debimos recibir unas cincuenta visitas de este género. Esta costumbre se mantiene aún, en algunas partes de los Estados del Sud.

En los tiempos de la esclavitud la costumbre en todos los Estados del Sud, concedía á los negros una semana de libertad, ó un descanso que duraba mientras ardiera el cirio de Navidad. Los hombres (y generalmente las mujeres) de color, se embriagaban y todo esto parecía natural. En Tuskegee y en los alrededores, observamos nosotros que los negros suspendían todo trabajo durante una semana á partir de la víspera de Navidad; era imposible hacerse servir hasta el día de Año nuevo. Aun aquellos que no estaban acostumbrados á los licores fuertes, juzgaban conveniente abusar de

ellos en la fiesta de Navidad. Las carcajadas resonaban á lo lejos; por todas partes se oían tiros de pistola, de fusil ó estallido de petardos. Dijérase que por completo se había perdido de vista el sacro significado de la fiesta.

Durante aquellas primeras vacaciones de Navidad, yo me trasladé á una plantación, un poco lejos de la ciudad, para visitar á sus habitantes. Sus ideas sobre el significado de aquella fiesta, tan cara y sacratísima para los que viven en tierra de América, eran descorazonadoras. En una cabaña, cinco niños se repartían un paquete de petardos; en otra, donde se encontraban unas seis personas, había, para regalar á todo el mundo, dos sueldos de «pan de especies» comprado la víspera, en casa del lonjista. En otra cabaña dos ó tres pedazos de caña de azúcar para toda la familia; finalmente en otra, un jarro de whisky, de bajo precio, del que abusaban largamente la mujer y el marido y este último era, una de las personalidades de la localidad. Los había que no habían encontrado cosa mejor con que divertirse, que unos cuantos grabados con anuncios; otros habían adquirido una pistola nueva. Nada, por consiguiente, recordaba en aquellas casas, una fiesta como la de la venida al mundo del Salvador. Sólo se notaba que era fiesta en que el trabajo de los campos estaba interrumpido y en que todo el mundo holgaba alrededor de la casa. Por la noche, durante la semana de Navidad, tenía lugar, en una de las cabañas de la plantación, una danza primitiva, en cuyos intermedios se bebía mucho whisky y que no podía acabar sin tiros y cu-chilladas.

El día de Navidad encontré á un viejo negro, uno de los numerosos pastores de la localidad, quién trató de convencerme de que el trabajo era un pecado para

el hombre, porque Dios lo había maldecido en el Paraíso. Y fiel á su doctrina este negro, trabajaba lo menos posible. En aquel momento parecía gozar de una felicidad suprema porque iba á pasar una semana sin pecar como él decía.

En la escuela, procurábamos dar á los discípulos otra concepción de la fiesta de Navidad y de la manera de celebrarla dignamente; puedo asegurar, sin engañarme, que lo hemos logrado por completo; la fiesta tiene una nueva significación para ellos y esta significación se la transmiten á aquellos á quienes van á instruir, al separarse de nosotros.

Tenemos la satisfacción de ver que nuestros estudiantes dan, con sus actos de generosidad y de beneficencia, un carácter grave á las fiestas de Navidad y del *Día de acción de gracias* (1). No quiero citar otro ejemplo que el de la reconstrucción de la cabaña de una pobre negra de setenta y cinco años y enferma, llevada á cabo por algunos de nuestros discípulos durante sus vacaciones de Navidad. Otra vez hice saber en la capilla, que uno de los estudiantes padecía frío por falta de abrigo y al siguiente día me enviaron dos gabanes para él.

Ya he hablado de cuánto contribuyeron los blancos de Tuskegee y de sus alrededores, á la construcción de la escuela. Mi deseo era que la escuela formara realmente parte del municipio en que estaba instalada. No quería que las gentes creyeran, al verla, que era una institución forastera, que había surgido en medio de

(1) El «Día de acción de gracias» es una fiesta, común á todos los Estados Unidos, que se celebra el último jueves de Noviembre. Es una de sus grandes fiestas y se señala por los discursos del presidente y de los gobernadores.—(N. del T.)

aquel pueblo como por encanto y que no les concernía, ni les interesaba.

El solo hecho de haber contribuído á la adquisición del terreno, bastaba para despertar en ellos el sentimiento de que en gran parte, la escuela era también suya. Yo pude comprobar que la actitud de los blancos nos era tanto más favorable, cuanto más les hacíamos comprender que, aunque nos agradara contar entre nuestros amigos á los blancos de Boston, nuestro empeño esencial consistía en atraernos la amistad de los de Tuskegee y que, en resumidas cuentas, no teníamos otro deseo que prestar, con nuestra escuela, servicios positivos á todo el mundo.

Añadiré desde ahora lo que, por otra parte, deducirán mis lectores de cuanto vaya escribiendo; esto es, que el instituto de Tuskegee no cuenta, á estas horas con defensores más bien dispuestos ni más ardientes que los blancos de Tuskegee, aun incluyendo los del Estado de Alabama y los de todos los Estados del Sud.

Desde los comienzos tuve el cuidado de aconsejar á nuestros discípulos que se relacionaran con sus vecinos, sin distinción de color, y que fueran amigos rectos y leales. También les aconsejé, que siempre que no hubiese causa que se lo impidiera, procurasen amparar los intereses del municipio, consultando á sus amigos para votar.

Durante algunos meses, debimos continuar nuestros esfuerzos para reunir los fondos que reclamaba el pago de nuestra hacienda. Tres meses habían bastado para ponernos en posesión de los doscientos cincuenta dólares adelantados por el general Marshall; dos meses más tarde poseíamos completa la suma de quinientos dólares y podíamos firmar el contrato que nos otorgaba la propiedad. Experimentamos una alegría inefable. Y lo

que acababa de completar nuestro gozo era la consideración de que habíamos podido procurarnos una instalación duradera, gracias á los donativos de los blancos y de los negros de Tuskegee. Aquel dinero lo recogimos por medio de fiestas, conciertos y suscripciones diversas.

Ahora era necesario cultivar la tierra á fin de sacar de ella la alimentación diaria, despertando en nuestros discípulos el gusto por la agricultura. Todas las industrias de Tuskegee se han desarrollado de una manera natural y lógica y según las necesidades del momento. Comenzamos por cultivar la tierra porque, ante todo, teníamos necesidad de alimentarnos. Tuvimos luego que adoptar un sistema de trabajo remunerador porque muchos de nuestros alumnos carecían de dinero y quisimos facilitarles el que se ganaran con su propio esfuerzo su pensión anual.

El primer animal que poseyó la escuela fué un caballo viejo y ciego que nos regalaron los blancos de la ciudad. Al presente poseemos doscientas cabezas entre caballos, pollinos, mulas, vacas, toros, bueyes, cerca de setecientos puercos y un número crecido de carneros y de cabras.

La escuela aumentaba en número, de tal modo, que, en cuanto acabamos de pagar la propiedad, comenzamos la cultura del suelo, repasamos las construcciones primitivas y tuvimos que pensar en levantar un pabellón más grande y más sólido. Hicimos trazar el plano de un nuevo edificio cuya construcción debía costarnos unos seis mil dollars. El precio nos asustó, pero lo necesitábamos. Era cuestión de vida ó muerte y nuestra obra habría carecido de utilidad, sino hubiéramos podido hacer la educación de nuestros discípulos, partiendo de una concepción familiar de la escuela.

Apenas fué conocido mi proyecto en la ciudad, cuan-

do recibí la agradable sorpresa de una muy grata proposición que me encantó. Un blanco del Sud, que poseía una fábrica de aserrar madera en los alrededores de Tuskegee, vino á ofrecerme todas las maderas de construcción necesarias para la obra, sin otra garantía que la promesa de pagarle cuando tuviéramos los fondos necesarios. Yo le confesé francamente que no teníamos entonces dinero á nuestra disposición; pero él insistió, sin embargo, y aceptamos sus materiales así que logramos reunir una pequeña suma.

Nuevamente miss Davidson dióse á buscar dinero en la misma ciudad de Tuskegee. No he visto hombres más felices que nuestros negros cuando pensaban en aquel nuevo edificio. Un día, en que estábamos reunidos para tratar de los fondos que necesitábamos, un anciano negro, vino de doce millas de distancia con su carreta, sobre la que había cargado un cerdo enorme. Esperó el oportuno momento en la reunión, se levantó entonces y declaró que él no tenía dinero, pero que había cebado dos cerdos hermosísimos y nos traía uno de ellos para contribuir á los gastos de la construcción. Terminó, añadiendo: «Todo negro que sienta amor á su raza y respeto á sí mismo, debe traer su cerdo correspondiente á la próxima reunión.» Gran número de los asistentes nos ofrecieron trabajar gratis en la construcción.

Cuando hubimos agotado todos los recursos que podía ofrecernos Tuskegee, miss Davidson se decidió á emprender un viaje para hacer un llamamiento á las gentes del Norte. Hizo visitas á domicilio y habló en las iglesias, á los niños de las escuelas dominicales y á otras instituciones. Esta tarea le era muy penosa y le creaba con frecuencia todo género de dificultades. Nuestra escuela era desconocida; pero miss Davidson supo

ganarse bien pronto la confianza de los mejores elementos del Norte.

Encabezó la primera suscripción, una persona de New-York á la que miss Davidson encontró en su viaje. Hablaron ambas y la persona (era una dama) quedó tan prendada por el relato que le hizo miss Davidson de nuestra obra, que en el momento de separarse, le entregó un cheque de cincuenta dollars. Antes y después de nuestro matrimonio, miss Davidson se impuso la tarea de mantener el interés por la escuela entre las gentes del Norte y del Sud, gracias á sus conversaciones apostólicas y á una incansable correspondencia. Al mismo tiempo, llenaba en Tuskegee sus funciones de directora y de maestra; se ocupaba en un asilo de ancianos y cuidaba de los niños de una escuela dominical. Nunca había sido muy robusta; sin embargo, no era feliz más que cuando sacrificaba todas sus fuerzas á la causa que amaba tanto. Con frecuencia le acontecía llegar á la noche tan extenuada, que le era imposible desnudarse. Una dama de Boston, á la que había ido á visitar en cierta ocasión, me contaba que, no habiendo podido recibirla en el acto, la encontró momentos después dormida en su salón.

Aún no estaba terminado el primer pabellón, llamado «Porter Hall» del nombre del mayor donante, el señor A. H. Porter, cuando se hizo notar, más que nunca, la necesidad de dinero. Yo había prometido á uno de mis acreedores que en una época determinada, recibiría la suma de cuatrocientos dollars; en la mañana del día señalado no teníamos ni un dollar en caja. Ya estaba desesperado, cuando, en el correo de las diez, me llegó un cheque de cuatrocientos dollars que me enviaba miss Davidson. Podría citar muchos otros hechos del mismo género. Aquella suma la habían dado dos

damas de Boston. Dos años más tarde, cuando nuestra obra se había agrandado, y, todavía una vez, atravesábamos tiempos difíciles y el porvenir se nos presentaba obscuro por falta de recursos, estas mismas señoras nos enviaron seis mil dollars. Nuestra sorpresa fué indescriptible y aquel don renovó nuestros ánimos. Debo añadir que, durante catorce años, aquellas dos amigas nos hicieron un donativo anual de seis mil dollars.

Así que pudimos examinar los planos para la nueva construcción, nuestros alumnos comenzaron á remover la tierra para echar los cimientos; pero este trabajo no se realizaba hasta después de las clases de la tarde. Al principio no querían resignarse á este trabajo suplementario porque habían venido, como me dijo uno de ellos «para hacer sus estudios y no para trabajar con sus manos.» Pero, poco á poco, pude comprobar que cambiaban de opinión y aquel trabajo acabó por merecer de todos un alto aprecio. Después de algunas semanas de ruda labor se habían ahondado los cimientos y pudimos señalar día para la colocación de la primera piedra.

Si se considera la colocación de esta primera piedra en el propio corazón del Sud, en medio del Black-Belt, es decir, en pleno país de esclavos, donde la abolición de la esclavitud no contaba más que diez y seis años, donde, diez y seis años antes, todo negro que aprendía á leer hacía á su maestro reo de la ley y de la pública censura; si se considera todo esto, el espectáculo que se ofrecía á nuestros ojos, en aquel día de primavera, en Tuskegee, era de los más grandiosos de la época y en parte alguna podía haber hallado igual. El primer discurso fué pronunciado por el honorable Waddy Thompson, director de la enseñanza en el distrito. Aquella fiesta había reunido á los profesores, á los discípulos, á

los parientes, á los amigos y á los funcionarios blancos del distrito, que, algunos años antes, tenían derecho de propiedad sobre los negros, es decir, sobre los que ahora se encontraban á su lado. Todos deseaban dejar un recuerdo en aquella primera piedra.

Antes de ver la casa terminada, tuvimos que atravesar momentos muy penosos. Más de una vez nos sentimos á punto de perder toda esperanza viendo que se aproximaba el vencimiento de algún pago sin tener con qué saldarlo. Nadie puede imaginar lo duros que son de soportar, un mes tras otro, los trances de una empresa como aquella que yo había echado sobre mis espaldas sin tener con qué pagarla. Jamás olvidaré mis primeros años de Tuskegee y las noches que pasé, revolviéndome en mi cama, sin poder dormir, preocupado por apuros de dinero. Mi responsabilidad era grande, pues se trataba de demostrar que la raza negra podía fundar un establecimiento y dirigirlo convenientemente. Caer, habría sido herir al mismo tiempo á toda la raza. Todo estaba contra nosotros. Comúnmente se creía que el éxito natural, ciertísimo, si se hubiera tratado de blancos, sería, en nuestro caso, una cosa inaudita. Todas estas consideraciones pesaban sobre nosotros abrumadoramente; á razón de mil libras por centímetro cuadrado, si se me permite la comparación.

Debo hacer constar, que en medio de mis angustias y de mis mayores dificultades, jamás me dirigí á un blanco ó á un negro de Tuskegee sin que al punto hiciera por mí todo cuanto estaba en su mano. ¡Cuántas veces, cuando me llegaban letras de un centenar de dollars, tuve que dirigirme á seis personas para que entre todas, hicieran honor á nuestra firma! Mi principal preocupación era poner á salvo el crédito de la

escuela y sin vanagloria, puedo declarar que lo hemos logrado siempre hasta el presente.

Nunca olvidaré un consejo que me dió el señor Jorge W. Campbell, el blanco que tuvo la idea de llamarme á Tuskegee. Con su aire paternal me dijo, en nuestra primera entrevista: «Recuerde usted siempre, Washington, que el crédito es un capital.»

Un día, en que nos hallábamos en grandísimo apuro, me dirigí al general Armstrong y le expuse francamente mi situación. Sin vacilar me firmó un cheque, cuyo valor representaba todas sus economías personales; y no fué esta la única vez en que el general vino en auxilio de Tuskegee. Hasta hoy no he tenido ocasión de publicar este rasgo.

Durante el verano de 1882, á fines del primer año escolar, casé con miss Fanny M. Smith, de Malden (Virginia del Oeste.) En los comienzos del otoño nos instalamos y nuestro hogar fué también el de los maestros de la escuela que, entonces, eran cuatro. También mi mujer se había ganado sus diplomas en Hampton; y ocupándose activamente en cuanto se relacionaba con la escuela, llenaba sus funciones de ama de la casa. Desgraciadamente no la conservé más que dos años; murió en Mayo de 1884, dejándome una hija llamada Portia M. Washington.

Mi esposa formaba un solo ser conmigo para todo cuanto concernía á la escuela; se había consagrado á nuestra obra en cuerpo y alma, pero murió sin sospechar toda la importancia que, en lo futuro, había de adquirir nuestra naciente institución.